

Recuperar la Memoria Histórica

LAS CHECAS DE BARCELONA, EL INVENTO SOVIÉTICO EMPLEADO DURANTE LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA

EDUARDO PALOMAR BARÓ

Con la Guerra Civil española apareció en Barcelona la terrible invención soviética de las “checas”, iniciándose una nueva etapa en el desenvolvimiento del terror entre los elementos “no adictos” a la ideología aplicada por los republicanos.

De entre todos los procedimientos de represión política en Cataluña, el de las checas fue el más cruel e inhumano debido principalmente al refinamiento con que en ellas se logró la tortura física y psíquica de las víctimas. Nunca en España se había llegado a unos extremos de sadismo y crueldad como aquellos. Las matanzas y los tristemente famosos “paseos”, fruto del bárbaro espíritu revolucionario, habían sido brutales, pero esa lenta agonía que revestían los sistemas de tortura de las checas, era algo que hasta la influencia de los métodos soviéticos, no había tenido lugar.

El término checa proviene de la abreviatura de las palabras rusas *Txrezvitchainaia Komissia* o también *Chrezvichainaya Komissia*, que significan: Comisión Extraordinaria.

En Barcelona, las checas se estructuraron en dos períodos claramente diferenciados:

Del 18 de julio de 1936, comienzo de la Guerra Civil, y hasta los ‘*Hechos de mayo de 1937*’ (*Fets de maig de 1937*), las checas estuvieron dirigidas por miembros de la CNT-FAI y por las patrullas llamadas de *control*. La dirección de las mismas estuvo a cargo de agentes del NKVD (*Narodny Komissariat Vnutreenich Del*), bajo la dirección de Ernst Moritsovich Gere, conocido también como Ernő Gerő, “Ernst Singer”, “Gere”, “Pedro”, “Pedro Rodríguez Sanz”, “Pierre”, etc. La misión de estas checas era descubrir trotskistas e infiltrar agentes en el POUM (Partido Obrero de Unificación Marxista). Además de esto, durante el período de la CNT-FAI, las checas sirvieron para detener a civiles y religiosos de ideología contraria a la impuesta por los republicanos, siendo luego asesinados mediante una horrorosa y tremenda represión.

El segundo período se inicia después de los ‘*Hechos de mayo de 1937*’, momento en el que las checas pasaron a ser controladas por el SIM (Servicio de Investigación Militar). Con el traslado del Gobierno Central a Barcelona, hecho ocurrido en noviembre de 1937, aumentó considerablemente el poder del SIM. Entonces el factótum de las checas barcelonesas fue Alfonso Laurencic.

El SIM, imparte el terror

Desde que se inició la Guerra Civil española, las diferentes fuerzas políticas que componían el amplio espectro republicano –socialistas, comunistas, anarquistas, nacionalistas, etc.– trataron, cada una para sí, de disponer de un aparato policial que, a más de permitirles llevar a cabo una acción de información, espionaje y contraespionaje, les facilitara la práctica de una actividad paralela de represión política e ideológica.

Con el fin de coordinar los diferentes servicios de este tipo existentes en la zona y, al mismo tiempo, ejercer alguna forma de vigilancia sobre los llamados “*grupos incontrolados*” (*) que desde los primeros días de la contienda habían cometido toda clase de saqueos y de crímenes, el socialista Indalecio Prieto, ministro de Defensa Nacional, influido sin lugar a dudas por sus asesores soviéticos, auspició en agosto de 1937 la creación de una especie de policía política –el Servicio de Investigación Militar

(SIM)–, que en pocos meses contó con cerca de seis mil agentes, repartidos principalmente, en Madrid, Barcelona y Valencia, servicio que, con el tiempo, además de ser muy temido, llegó a ejercer una notabilísima influencia tanto en la esfera militar como en la civil.

() Este término, que el Gobierno rojo usó casi siempre en plural –tal era el número de incontrolados que, también casi siempre, controlaba para sus propios fines– con el objeto de llamar de algún modo a tantos saqueadores y asesinos que pulularon por la zona soviética: algunos ‘incontrolados’ procedían de las cárceles, donde purgaban por delitos comunes. Otros, de las milicias, donde florecieron lujuriantemente al socaire de la anarquía y la seguridad del triunfo. En realidad, los ‘incontrolados’ eran una especie de excusa permanente para la disculpa oficial, diplomática o periodística. Era como encogerse de hombros.*

Lo de los recurrentes ‘incontrolados’ ya no cuela, sobre todo porque por cínica paradoja, los ‘incontrolados’ eran las llamadas “patrullas de control”...

El gran escritor Rafael García Serrano, en su libro “Diccionario para un macuto”, escribe sobre el SIM:

[...] Disponía el SIM de checas a la última, con la técnica más moderna, recién importada de Rusia, fresquísima, acabada de llegar. Sus cátedras principales se establecieron en Madrid y Barcelona. Para disimular, las llamaron Preventorio, y se quedaron tan anchos. Numerando preventorios (Preventorio A, B, C, D, etc.) casi dan fin al alfabeto. Su crueldad era tan refinada, sus medios tan infrahumanos y mecánicos que alguien dijo, con más razón que un santo: “Era preferible la navaja cabritera de la FAI”.

[...] Pero por si mi información pudiera parecer tendenciosa, me limito a transcribir lo que Largo Caballero escribe en “Mis recuerdos”, a propósito de esta creación roja: “No han organizado los campos de concentración, pero Prieto organizó el SIM; organismo que no quise yo constituir a pesar de los requerimientos de que fui objeto; organismo que sirvió para todo menos para información militar, y que ha desprestigiado a la República en el extranjero”. Este testimonio, convendrán ustedes, no es ni el de un falangista ni el de alguien que haya padecido persecución por parte de los ‘simios’, que es como se llamó en zona roja a los agentes del SIM.

La creación, ya de una manera “formal”, del SIM se produjo después de los *Hechos de mayo de 1937*, y entre sus primeras actuaciones estuvo la “represión” contra el POUM y sus hombres. Fue obra del ministro de Defensa Nacional, el socialista Indalecio Prieto Tuero, que se inspiró en los siniestros métodos de la URSS. Con fecha 6 de agosto de 1937, se dictó un Decreto por el que se establecía en España el SIM (*‘Gaceta de la República’* número 219, de 7 de agosto de 1937) cuyo objetivo “oficial” era la modernización de los servicios de contraespionaje de los ejércitos republicanos frentepopulistas. El texto de dicho Decreto dice así:

«A lo largo de nuestra lucha se ha podido descubrir la existencia de vastas organizaciones que los facciosos utilizan para el espionaje y el sabotaje, organizaciones creadas y dirigidas por elementos extranjeros, previamente establecidos en España, para servir los designios de sus países con respecto a nuestra Patria.

En virtud de lo expuesto, de acuerdo con el Consejo de Ministros y a propuesta del Ministro de Defensa Nacional, vengo en decretar lo siguiente:

Artículo primero. Se crea en el Ministerio de Defensa Nacional el Servicio de Investigación Militar, que tendrá por misión combatir el espionaje, impedir los actos de sabotaje y realizar funciones de investigación y vigilancia cerca de todas las fuerzas armadas dependientes de dicho Ministerio.

Artículo segundo. El Servicio de Investigación Militar dependerá directamente del Ministro de Defensa Nacional, a quien además corresponderá de un modo exclusivo el nombramiento de Jefes, Inspectores y Agentes del referido servicio, cuyos carnés llevarán la firma y el sello del Ministro.

Artículo tercero. Todos los miembros del Ejército de Tierra, Mar y Aviación, cualquiera que sea su graduación, así como el personal de la Subsecretaría del Armamento y el resto de los funcionarios del Ministerio de Defensa Nacional, están obligados, cuando para ello fueran requeridos por Agentes del Servicio de Investigación Militar, a prestar a éstos cuantos auxilios correspondan.

Artículo cuarto. Los funcionarios del Servicio de Investigación Militar serán considerados como Agentes de la Autoridad, con todas las prerrogativas que a éstos correspondan.

Artículo quinto. Los funcionarios del referido Servicio estarán facultados especialmente para la detención de elementos militares.

Artículo sexto. Las denuncias que sobre espionaje, sabotaje o cualquier irregularidad peligrosa relativa a las fuerzas armadas recibiesen las autoridades civiles deberán ser comunicadas por éstas sin demora al Ministerio de Defensa Nacional para que el Servicio de Investigación Militar se encargue de su esclarecimiento.

Artículo séptimo. Se autoriza al Ministro de Defensa Nacional para dictar las disposiciones reglamentarias que exige el desarrollo del presente Decreto, manteniendo secretas las que por su naturaleza no deban ser publicadas.

Dado en Valencia, a seis de agosto de mil novecientos treinta y siete.

Manuel Azaña

El Ministro de Defensa Nacional,
Indalecio Prieto Tuero.»

Las checas en Barcelona

El Gobierno republicano, ante el irrefrenable avance de las tropas nacionales y la, al parecer inminente, caída de Madrid en poder de dichas tropas, decidió el 6 de noviembre de 1936, abandonar la capital del Estado y trasladarse a Valencia. Para el común de las gentes sólo tenía una connotación: miedo. Un año después, el 30 de octubre de 1937, repetiría la acción mediante un decreto en el que se fijaba temporalmente en Barcelona “la residencia oficial del Gobierno de la República” –el jefe del Estado, Manuel Azaña Díaz ya llevaba varios meses instalado en la Ciudad Condal cuando se dictó esta disposición–, autorizándose al presidente del Consejo de Ministros “para disponer el traslado de las diversas dependencias ministeriales, de acuerdo con los titulares respectivos, en la forma que estime más conveniente para la debida atención de los servicios”. Hasta esta fecha, Valencia había ostentado la capitalidad política y donde el SIM operó con su complejo aparato de represión, incluida la instalación de varias checas que se sumaron a las numerosas ya establecidas en Madrid. Así pues, quienes iban a organizar las checas en Barcelona llevaban un buen bagaje adquirido en las checas valencianas, donde el ruso-polaco Schaja Kindemann, ayudado por dos judíos, residentes largos años en Rusia, llamados Isidoro y Benjamín, habían ensayado en el antiguo convento de Santa Úrsula de la capital del Turia, toda clase de refinados tormentos.

Las checas comenzaron a funcionar en Barcelona a partir del otoño de 1937. El primer jefe fue el capitán de la Guardia Civil Manuel Uribarri Barrutell, el cual al producirse el Alzamiento permaneció fiel al Gobierno republicano, liderando durante los primeros meses de la contienda, algunas *patrullas de control* o grupos terroristas que asesinaron a gentes de ideología derechista. Fue nombrado jefe del SIM, cargo que desempeñó hasta mediados de 1938, fecha en que, con documentación falsa, huyó a Francia, llevándose consigo una considerable fortuna en alhajas, enseres de valor y dinero, producto de rapiñas cometidas durante el desempeño de sus cargos. Al parecer, el Gobierno republicano solicitó la extradición del huido, pero el Gobierno francés no estimó oportuno concederla. Finalmente Uribarri marchó a Cuba.

Una vez en la presidencia del Gobierno rojo el doctor Juan Negrín (18 de mayo de 1937) y también al Ministerio de Defensa (5 de abril de 1938), estableció "nuevos modos" para la red de represión política del SIM, a la que se sumó el Presidente de la *Generalitat de Catalunya*, Luis Companys, quien facilitó al SIM agentes de la propia *Generalitat* así como boxeadores catalanes para la práctica de palizas y azotamientos.

Después pasó a ocupar la jefatura del SIM un sujeto llamado Santiago Garcés Arroyo, pistolero a sueldo y que había participado en el asesinato de José Calvo Sotelo, acompañando en la camioneta número 17 a su amigo Condés, y a los Guardias de Asalto, Bayo Cambroner –conductor del vehículo–, Pérez Rojo, Rey Fernández, Castro Piñeiro, Esteban Seco, Cruz Cousillas, y tres paisanos afiliados a las Juventudes Socialistas, Luis Cuenca Estevas, Federico Coello García y Francisco Ordóñez Peña.

Las checas del SIM

En las checas regentadas por el SIM, se emplearon los métodos más crueles y vejatorios. El escritor dirigente de la FAI y consejero de Economía de la *Generalitat*, Diego Abad de Santillán –que tomó parte activa con Buenaventura Durruti y Francisco Ascaso en la batalla callejera de Barcelona al inicio de la guerra– escribió en su libro *‘Por qué perdimos la guerra’*, varias pruebas decisivas del chequismo:

«Uno de los aspectos que más nos sublevaba era la introducción de los métodos policiales rusos en nuestra política interior. Las torturas, los asesinatos, las cárceles clandestinas, la ferocidad con las víctimas, inocentes o culpables, estaban a la orden del día...»

«Lo ocurrido en las checas comunistas de la España republicana cuesta trabajo creerlo. En el Hotel Colón, en el Casal de Carlos Marx, en la Puerta del Ángel nº 24, en el Castillo de Castelldefels, se perpetraban crímenes que no tienen antecedentes en la historia de la Inquisición».

«De este modo, se ha deshonrado la revolución española, empleando los procedimientos ilegales desde la Dirección de Seguridad hasta el Servicio de Investigación Militar».

Las checas del SIM fueron las siguientes:

Checa de la calle Zaragoza, establecida en un convento de religiosas Sanjuanistas, en la calle Zaragoza nº 77, entre las calles Francolí y Sanjuanistas.

La Tamarita instalada en un chalé con hermoso y espacioso jardín enclavado entre el Paseo de San Gervasio, avenida del Tibidabo y Nueva Belén. Era clave en la estructura del SIM y estuvo dirigida por agentes estalinistas de nacionalidad rusa.

Ganduxer situada entre Vía Augusta y Modolell. Pertenece a la CNT-FAI y al SIM.

Seminario en la calle Diputación nº 231. Había sido el Seminario Conciliar. Al principio era de la FAI, y en el año 1938 pasó a ser del SIM y del Gobierno Central.

Vallmajor ubicada en la calle Vallmajor nº 1, entre las calles Ravella y Copérnico, también fue conocida como 'Preventorio D'.

Muntaner situada en la calle Muntaner nº 321. Prefectura del SIM. En los sótanos del chalé fue empleada por primera vez en Barcelona el tormento de la silla eléctrica.

Anglí en la calle Anglí nº 46, esquina con el paseo de la Bonanova.

Bar Términus instalada en el paseo de Gracia nº 54. Dependía de miembros del PSOE venidos de Madrid y estaba bajo el mando del Director General de Seguridad.

Busutil situada en la plaza de Berenguer el Grande I, en la Vía Layetana. Dirigida por Julián Grimau con miembros del SIM de Madrid, afiliados tanto al PCE como al PSOE.

Palacio de Arte Moderno en la montaña de Montjuich, en uno de los edificios de la Exposición Internacional de Barcelona de 1929, al igual que la checa instalada en el **Palacio de las Misiones**. Ambas regentadas por el SIM.

Vallvidrera en la avenida de Vallvidrera nº 10. Estaba controlada por el SIM.

Otras checas en Barcelona

Círculo Ecuestre, convertido en Casal Carlos Marx, donde estaba la sede del PSUC.

Checa de San Elías radicada en el antiguo convento de las Religiosas Clarisas. Se aplicaba el *collar eléctrico* y los *torniquetes de tortura*. La de más terrible fama, ya que se sabía que quien iba allí, jamás volvía.

Hotel Colón en los sótanos de dicho hotel, en la plaza de Cataluña. Ocupado por el PSUC y la Internacional Juvenil Comunista.

Checas de: **Puerta del Ángel nº 24; Córcega nº 299; Claris nº 110; Fábrica Nestlé; Paseo de San Juan nº 104**, etc.

Barcos amarrados en el puerto de Barcelona y que actuaron como buques-prisión: **'Uruguay'**, **'Argentina'** y **'Villa de Madrid'**.

En Cataluña, fuera de la ciudad de Barcelona, destacaron las checas de la plaza de toros de Tarragona, el castillo de Cardona y el castillo de Castelldefels.

Alfonso Laurencic: personaje siniestro

El futuro constructor de las celdas de las checas de las calles **Vallmajor** y **Zaragoza**, había nacido en Enghien, población cercana a París, el 2 de julio de 1902. Sargento de la Legión Extranjera y oficial del Ejército yugoslavo. Estaba casado y residía en Barcelona, en donde actuaba en una modesta orquesta. Dibujante, pintor e intérprete, solía hacerse pasar por arquitecto. Al iniciarse el Alzamiento se enroló en el Frente Popular, participando activamente en los asaltos, incendios, saqueos, matanzas y desmanes que se producían en aquellos primeros meses de revolución y anarquía. Entró a formar parte del POUM (Partido Obrero de Unificación Marxista), actuando en servicios de contraespionaje, siendo apresado por las redes del SIM. Conducido a una de las checas del SIM, y haciendo gala de su inexistente título de arquitecto, expuso a los jefes de la temida organización, un proyecto mediante el cual podría extraerse provechosas declaraciones de los detenidos por el SIM. Obtuvo el consentimiento y así, de detenido sujeto al duro trato de la checa, pasó a convertirse en un importante personaje.

Checa de Vallmajor o Preventorio “D”

Había sido convento de las Madres Agustinas, y en él puso Laurencic en práctica nuevos métodos, calculados con sádica premeditación y con un tecnicismo preparado, única y exclusivamente, para torturar.

El “preventorio” se componía de dos cuerpos. Uno, la prisión propiamente dicha, instalada en lo que fuera convento y el otro, en un edificio situado en frente, dedicado a los “interrogatorios”, había hecho construir un lóbrego y profundo pasillo subterráneo, haciendo salir a los detenidos durante la noche, conduciéndolos en dirección al subterráneo, imaginándose el fin más horrendo. Los presos habían de bajar en la oscuridad, escalón tras escalón, entre golpes y denuestos de los vigilantes que portaban linternas. A la salida de aquel pasadizo, lo primero que se encontraban era una amplia zanja, que aparecía a sus ojos atemorizados a semejanza de la fosa preparada ya para recibirles. En uno de los recodos del pasadizo había un espacio anegado de agua y en una de las paredes estaba situada una diminuta celda, con anillas para pies y manos, y en donde había un alojado, cuya vista se ofrecía al paso de los que diariamente hacían aquel camino en dirección a la sala de “interrogatorios”, siendo fácil imaginar el estado de ánimo en que llegaban los detenidos para declarar.

En lo que había sido capilla, construyeron buen número de celdas, sin techo, y en la que permanecían hacinados los hombres, vigilados desde el coro, día y noche. La luz no se apagaba ni durante las horas de la noche.

Las celdas de castigo, que se denominaban con el pomposo nombre de “celdas psicotécnicas”, tenían un largo de 2,50 m. y un ancho de 1,50. y la altura del techo de 2 m. Estaban alquitranadas por dentro y por fuera, con el objetivo de que los rayos del sol produjeran en su interior un calor insoportable. En el interior había un camastro de obra de 1,50 que obligaba al preso dormir con los pies encogidos, y entonces se le salían las rodillas, pues el ancho era de sólo 60 cm., y para impedir que pudiera dormir se le había dado a la superficie una inclinación de un 20 por ciento. El camastro estaba adosado a la pared por lo que resultaba aún más difícil el encogimiento.

Para evitar que el encarcelado pudiese pasear por la celda, se dotó al piso de ladrillos fijados de canto, en horizontal y en perpendicular entre sí.

El techo lo habían pintado con dibujos especiales, como espirales, círculos, puntos, etc., de diferentes colores, mientras que la pared ofrecía líneas horizontales sobre un fondo gris como complemento del techo pintado en negro.

Las líneas y los dibujos se hicieron en rojo, color que produce excitación; en azul, para forzar a los temperamentos nerviosos; amarillo, con el objeto de realzar los otros colores y verde, que en un lugar tan tétrico, creaba un clima de melancolía. Si bien Laurencic ideó este tipo de tortura, el “método psicotécnico” tiene sus raíces en los estudios realizados por Paul Klee y Vassily Kandinsky, que profundizaron en la investigación de la sinestesia y los efectos psicológicos del cromatismo.

La luz nocturna permanecía siempre encendida, mediante un potente foco colocado sobre el camastro.

Otras celdas de torturas eran las denominadas *celdas armario* construidas en madera eran una especie de armarios o cajones de 50 cm. de ancho por 40 cm. de profundidad y una altura graduable, ya que el techo era una plancha movable, rebajado a medida que impedía que se pudiera mantener el cuerpo derecho. Había un asiento de cemento colocado a 65 cm. de altura y con una superficie de 13 cm., lo que obligaba a la víctima a mantenerse sobre las puntas de los pies debido a la estrechez y poca profundidad. Por una pequeña ventana que daba a la altura de los ojos, entraba la luz de un potente foco.

Checa de la calle Zaragoza o Preventorio “G”

Los métodos y procedimientos de tortura eran muy similares a los de la checa de la calle **Vallmajor**, pero con introducción de otras técnicas más refinadas. Una de las innovaciones fue la *celda-nevera* a la que se bajaba por una escalera de caracol sin barandilla. La estancia estaba anegada de agua hasta una altura de 40 cm. y las paredes eran dobles con un hueco medianero igualmente inundado de agua, con lo que rezumaba una dañina humedad. Otras celdas de tortura eran las llamadas *celdas del metrónomo*, las cuales carecían de luz y de ventilación, con unos insuficientes respiraderos para evitar que los detenidos murieran por asfixia. El suelo con ladrillos fijados de canto que obstaculizaban el mero pasear, y con un camastro de cemento a un metro de altura del suelo y separado del techo sólo 60 cm., y cuya superficie estaba dotada de estrías cortantes. Las celdas tenían una dimensión de cuatro metros cuadrados. En el pasillo, y sobre una repisa colocada entre dos celdas se encontraba el *metrónomo*, un aparato de relojería que marcaba el movimiento regular y monótono de un tic-tac, que provocaba un pavor obsesivo entre los encarcelados.

En la *Sala de Interrogatorios* que se había adecuado en el ábside de la capilla del convento, en su centro se instaló la *silla eléctrica*, que constaba de una silla giratoria, accionada por los cuatro agentes que interrogaban al detenido con bruscos movimientos, a la vez que eran deslumbrados con grandes focos de luz. El respaldo de la *silla eléctrica* tenía un respaldo en forma de ángulo alto y ancho, dotada de dos brazos metálicos al igual que el asiento. Cuando las víctimas iban a ser sometidos a esta tortura, se les descalzaban y sus pies eran mojados con agua para después colocarlos sobre unas hormas metálicas. Las descargas eléctricas duraban medio minuto y su aplicación era regulada por un reostato. Los electrodos se aplicaban a las muñecas. Los efectos eran harto penosos. La víctima se veía envuelta en una agitación y terribles convulsiones, las palmas de las manos despedían olor a carne chamuscada y la sensación que recibía, era como la de estar golpeado por cien mil puños.

Detención e interrogatorio a Alfonso Laurencic

Al ser liberada Barcelona por las tropas del Generalísimo Franco el 26 de enero de 1939, fue detenido este malvado personaje el 7 de febrero de 1936 en el *Collell* por las tropas nacionales, siendo puesto a disposición de un oficial de la *Legión Cóndor*, por haber alegado poseer la nacionalidad austriaca. Se le juzgó en consejo de guerra, celebrado el 12 de junio de 1939. El fiscal le interrogó con estas palabras:

—¿Se daba usted cuenta de lo que significaba construir esas celdas de tortura y, sin embargo, a pesar de esto, no sólo ofreció el proyecto, sino que se ofreció a construirlas?

A lo que, con singular sangre fría, Laurencic contestó:

—Sí, señor; y hubiera construido cien más.

Condenado a pena de muerte, la sentencia fue cumplida el día 9 de julio de 1939 en el *Campo de la Bota* de Barcelona.

Miles de catalanes padecieron las checas

El historiador César Alcalá, autor del libro *‘Las checas de Barcelona’*. Belacqva. 2005, nació en Barcelona en 1965. Dos de sus tíos maternos, por ser carlistas, fueron asesinados en checas barcelonesas.

El martes 19 de julio de 2005 le hizo una entrevista Víctor-M. Amela, en *La Vanguardia*, que por su interés transcribimos a continuación:

¿Qué significa *checa*?

-Es una abreviatura del ruso Chrezvichainaya Komissia (comisión extraordinaria), eufemístico nombre que tuvo la primera policía política soviética, que fue creada por Lenin en 1917.

-¿Y qué fue en España una *checa*?

-Una celda cerrada del todo, sin barrotes, muy estrecha, verdadera cámara de tortura. Durante la Guerra Civil las hubo en Madrid, Valencia y Barcelona. Se las llamó *checas*: ¡era una palabra que aterrorizaba a la gente!

-¿Cuántas *checas* hubo en Barcelona?

-Una veintena. En pisos de las calles Muntaner, Sant Elies, Vallmajor, Portal de l'Àngel, Pau Claris, un par en la plaza Catalunya... La de más terrible fama fue la de Sant Elies: se sabía que quien iba allí... jamás volvía.

-¿Por qué?

-Era el apeadero del matadero: desde allí se les llevaba a la Arrabassada o a los cementerios de Les Corts o Montcada i Reixac para tirotearles. También hubo en esa *checa* un horno crematorio de cadáveres. Anticipándose a los nazis, algunos milicianos arrancaron dientes de oro a los asesinados...

-¿Cuánta gente pasó por las *checas*?

-¡Miles de catalanes! Algunos pasaban semanas encerrados, a otros los torturaban... y enloquecían. A la mayoría los tenían en espera de ir sacándolos para matarlos de un tiro.

-¿Quién gestionaba esas *checas*?

-De julio de 1936 a mayo de 1937, los anarquistas de la CNT-FAI y las patrullas de control (comandadas por Ernö Gerö, un enviado de Stalin), que recorrían Barcelona quemando iglesias, deteniendo a religiosos, católicos, carlistas, patronos, comerciantes.

-¿Acusándolos de qué?

-De ser gente de misa, gente de orden...

-¿Qué hacía el gobierno de la Generalitat?

-Lo presidía Lluís Companys, que no supo frenar aquellos crímenes, por lo que alguna responsabilidad de éstos podemos atribuirle. La pregunta es: ¿en qué grado?

-¿Qué respondería usted a esa pregunta?

-Que Companys era el presidente de todos los catalanes..., y 8.352 de ellos fueron asesinados en Catalunya de 1936 a 1939, muchos previo paso por *checas*. ¡Fue el 0,28% de la población catalana! ¿No debería haber hecho algo Companys para protegerlos?

-¿Qué debería haber hecho?

-No sé, obligar a las patrullas a llevar a los detenidos a la cárcel Modelo, y tutelarlos allí todo el tiempo necesario, evitándoles torturas y preservando de ese modo sus vidas.

-¿Qué tipo de torturas se infligía a los detenidos en las *checas* de Barcelona?

-Hierros candentes, picanas eléctricas en genitales, levantamientos de uñas, palizas, ahogamientos con agua, mutilaciones... ¡Y el diseño de las *checas* era ya una tortura!

-¿Por qué?

-Porque eran cubículos de 2 x 1,5 metros de planta y 2 metros de alto, con un camastro de obra con una inclinación del 20%: si te dormías, caías al suelo. ¡Y el suelo estaba erizado de una serie de tochos que obstaculizaban los pies si intentabas caminar...!

-Buf, qué crueldad...

-Además, las paredes se calafeteaban de alquitrán por fuera y por dentro, con lo que el bochorno era sofocante. Y en una de las paredes se pintaban dameros, espirales, líneas y círculos con el fin de marear al preso...

-¿Tan sofisticado era aquello?

-Sobre todo desde mayo de 1937 hasta el final de la guerra, en abril de 1939.

-¿Por qué? ¿Qué pasó en ese periodo?

-Que tomó las riendas de las checas Alfonso Laurencic, refinado estalinista al frente del Servicio de Investigación Militar (SIM), la policía política del gobierno de la República y las persecuciones se incrementaron.

-¿Y qué pasó con los anarquistas?

-Los anarquistas y poumistas (trotskistas) habían peleado en la calles de Barcelona contra las milicias comunistas (PSUC) y las milicias de la Generalitat, y perdieron: fueron los *Fets de Maig de 1937*, que se cobraron 500 muertos. Después de eso, la República envió al SIM a poner a orden en Barcelona.

-¿Algún anarquista acabó en las checas?

-Sí, algunos izquierdistas fueron torturados y asesinados por no ser de la línea comunista estalinista, o por recelos internos...

-¿Se sabe cuántos?

-Sí: 139 izquierdistas no estalinistas. Se asesinó a 2.039 religiosos y a 2.163 civiles por no ser de izquierdas, y a 1.199 carlistas y... Bueno, al final, como digo, fueron 8.352 catalanes asesinados..., a los que los historiadores tienen muy injustamente olvidados.

-¿Por qué cree que están olvidados?

-No ha interesado remover ese pasado... Pero creo que hoy estamos en condiciones de contar ya toda la verdad sin miedo.

-¿Acaso alguien tiene miedo?

-De entrada, los propios supervivientes: han querido olvidar... Uno, de 90 años, me relataba su historia en tercera persona: ¡"Para que no vengan por mí"! ¡Y han pasado ya 70 años...! Era carpintero, católico, y sobrevivió a tres años de checa en checa y a que, en la retirada republicana, se lo llevaran de rehén hasta Francia... Lo suyo es un milagro.

-Cuénteme algún otro caso.

-Es horrible el de Eusebio Cortés Puigdemogolas: fue descuartizado en la checa de Sant Elies y dado de comer a los cerdos...

-Qué espanto...

-Su delito: ser católico. Y la familia quedaba desamparada. A algunos los mataban en el mismo comedor de su casa, ante sus hijos... No hubo ni un juicio. A unos novios que sorprendieron casándose, los detuvieron y mataron, a ellos y al cura. ¡Para aquellos revolucionarios, casarse por la Iglesia era un delito que merecía la muerte!

Una visita a las checas secretas de Barcelona

A los seis días de la liberación de Barcelona por el Ejército Nacional, *La Vanguardia Española* publicaba el martes 31 de enero de 1939, un artículo titulado 'Una visita a las checas secretas de Barcelona' debido a José Vicente Puente. Los comentarios y las informaciones vertidas por el redactor del periódico que Franco devolvió a sus propietarios los Godó –que había sido incautado por los rojos y que en su huida destrozaron la maquinaria y parte de las instalaciones del rotativo barcelonés–, es un testimonio de gran valor histórico.

Transformación de la guerra y llegada de los policías rusos

Viendo estas cárceles, estas modernas checas, es como se advierte mejor la clara influencia de Rusia en nuestra guerra y el motivo fundamental que ha hecho durar tantos y tantos meses una contienda que a poco de empezar estaba claramente determinada y cuya prolongación sólo podía interesar a negociantes sucios o a potencias extranjeras que traficaban con la sangre española como con barata mercancía, porque los dirigentes rojos ni al oro, ni al hombre, ni a la riqueza artística de España daban más valor que el de unos instrumentos a su servicio y para el cumplimiento de sus apetencias personales.

El dieciocho de julio, los bandos en lucha eran dos: nosotros y un conglomerado de negación que oponía sistemáticamente al orden el desorden y a la razón los instintos de la masa. En las ciudades donde el Alzamiento no pudo vencer en los primeros momentos –por las razones de todos conocidas– el llamado Gobierno Giral tuvo necesidad –para sostenerse y para sujetar nuestra victoria en toda la línea– de entregar armas al pueblo, a las masas alborotadas, sedientas hacía tiempo de sangre y de venganza. Madrid, Barcelona, Valencia, Bilbao, San Sebastián, Málaga, se encontraron invadidas en pocas horas por unos grupos abigarrados de juventudes socialistas y comunistas, que comenzaron a requisar coches, a incautarse de los centros de derechas, y a incendiar conventos e iglesias, tarea esta última repetidamente ensayada desde el primer mes del advenimiento de la República. Coincidiendo con estos grupos aparecieron otros más torvos y mejor dirigidos que pasaron de la destrucción de inmuebles a la eliminación de personas y de enemigos. Fueron los primeros días, los meses del verano y del otoño en que el asesinato se prodigó con tal amplitud que escapa de toda cifra que pudiéramos dar. Se mataba por nimiedades. Por ser de derechas, por haber ido a misa, por estar suscrito a un periódico no simpatizante con el Frente Popular, por haber discutido con un camarero hacía muchos años, etc. Los partidos políticos buscaban por su cuenta a sus enemigos y los eliminaban ante la mirada del Estado sin que éste hiciese otra cosa que suministrar el plomo que debía segar la vida de los pacíficos ciudadanos. Entonces existía solamente la muerte. En algunos casos se dio el martirio. Pero un martirio rudo, brutal, primitivo. Se abusaban de las mujeres, se despedazaba y al entrar los soldados en las ciudades y en los pueblos tenían que apartar la vista con horror de los montones de cadáveres calcinados o salvajemente mutilados. El populacho con un fusil y la impunidad entre las manos había comenzado a pisotear una vieja civilización y destrozar con saña, con ira, lo que creía enemigo suyo. En aquellos días se cometieron miles y miles de asesinatos. Mujeres, viejos, niños, hombres de todas clases cayeron en las paredes lívidas de los fusilamientos y en las madrugadas preñadas de nubes, asombradas de tanta insensatez. A aquellos pígameos, pitecántropos, se les ocurrían los suplicios toscos, las maneras bruscas de matar, pero a aquellas gentes no se les ocurrió nunca encerrar a un hombre en una celda donde ni se podía acostar ni se podía sentar y donde un metrónomo imparable le contaba los segundos diarios de cárcel. Esto no lo hacen los “chacales de la noche”, “las Águilas de la FAI” o “la Brigada del Amanecer”; y eso que la cuadrilla de García Atardell es quizá la más refinada de todas las primitivas checas que riéndose del director general de Seguridad, detenían, fusilaban y enterraban por su cuenta guardando de sus asesinatos las joyas y el oro que, apenas visto cerca el peligro, huían al extranjero. No; el refinamiento en la tortura a los prisioneros viene con la mirada esquinada de Rosemberg cuando llega a Madrid y por la madrileñísima calle de Alcalá pasean detrás del tanque ruso, el mundo cráneo de un asiático y los pendientes dorados de los argelinos, mientras cantan La Internacional las modistillas madrileñas del brazo de polacos y de rusos, de italianos expulsados por el Duce y de alemanes huidos por su traición a la Patria y a los caídos en las trincheras de la gran guerra.

De Rosemberg al nacimiento del S.I.M.

Con Rosemberg llega su escolta y los jefes especializados de la policía rusa. Los verdugos del G.P.U. Pronto Madrid toma un carácter diferente. No se saca a la gente de casa y se la fusila contra la primera tapia. Se la llevan detenida “legalmente”, se le interroga, se la procesa y se la ejecuta. El fin, el mismo; las consecuencias, distintas, porque Rosemberg y sus esbirros pretenden obtener noticias que en los fusilamientos

primitivos del paseo se pierden inútilmente en los oídos tontos de un presidente de checa mareado por el coñac y los habanos que jamás sospechaba encender.

El avance de las fuerzas nacionales sigue. Madrid peligra y el gobierno rojo huye a Valencia, llevándose el tinglado de policía que empezaba a montarse. Pronto Valencia no agrada al gobierno rojo. No encuentran próxima la frontera. Hay que alejarse más del peligro y del cañón y eligen Barcelona como centro de su residencia y de su política. Ya estaba Barcelona sometida desde el principio a la FAI y a su terror anarquista, hermano gemelo del de Madrid y Valencia. Pero es en Barcelona donde más tiempo dura el gobierno rojo; desde donde se pretende atraer la atención del mundo y donde Prieto elimina a sus antiguos colaboradores extremistas para dar una sensación de república moderada y de respeto; donde quieren que el Ejército sea un Ejército regular y el pueblo un pueblo sumiso y encantado de la política del Gobierno. Es aquí donde se promulgan esas grotescas leyes de respeto a la religión y se fingen privilegios militares a los religiosos. Para que la ciudad, hambrienta, aterrorizada, no se queje y no se repitan los sucesos de mayo del 37, el SIM, el Servicio de Información Militar, empieza a actuar y a detener y descubrir complots, so pretexto de espionaje y de traición a la república. Rusia da las fórmulas. Pagados con algún Velázquez o alguna Virgen azulada de Murillo se queda sobre nuestra península un equipo completo de especialistas del G.P.U.

Aquí está la evolución de la guerra. De una lucha civil en que peleábamos nosotros españoles, con ideas contrarias, diametralmente contrarias: desde que subía como un ahogo para ellos la fuerza incontrastable de nuestra verdad y se iba amaratando más y más el morado falso de la bandera republicana: desde los cadáveres tirados por las calles, muertos en la madrugada, escupidos a la mañana por la mujerucas y curioseados con loca ingenuidad por los chiquillos: desde las checas rudas, toscas y primitivas donde un limpiabotas hacía de juez inapelable: desde aquella guerra, que era en una palabra, guerra civil porque era entre nosotros, que íbamos a barrer lo podrido y nosotros la íbamos rápidamente a liquidar para esperar al Niño Dios en el año 36 con la paz en los hogares: desde aquella guerra hasta hoy, está escrita en las checas barcelonesas la transformación de la lucha por la intervención cínica y descarada de los rusos. A un miliciano de Ciudad Real, insisto y repito, o a un anarquista catalán o a cualquiera de las brigadas de nombres trascendentes, se le hubiera ocurrido robarnos el reloj y torturarnos a golpes o quemarnos vivos pero no se le antojaría pensar en el suplicio de unos ladrillos colocados verticalmente que no nos dejasen descansar ni de día ni de noche. Tal refinamiento nace bajo un cráneo mongólico, con una mirada oblicua, un vaso de vodka delante y el acento ruso ente los dientes amarillos.

Junto a los museos de la guerra, de los hechos heroicos, de las ciudades y campamentos devastados donde nunca se plegó la bandera, junto a esos museos que nosotros tenemos que crear y las rutas de guerra y de triunfo ya pueden quedar abiertas para que todos las vean las salas de tortura de los agentes del SIM. Será un marchamo más de gloria y la demostración de que la guerra ha sido una guerra de toda la población, de todo un pueblo contra una escasa minoría apoyada en poderes extranjeros.

Las celdas del Convento de Sanjuanistas

Han sido nuestros enemigos gentes que no perciben la sensibilidad de nuestro pueblo. Por eso han necesitado locales para instalar las checas del SIM y han elegido tranquilamente los conventos desalojados. Uno de ellos, el Convento de los Sanjuanistas, con una humilde entrada, fue el primero que visitamos, dirigidos por el jefe del Servicio Nacional de Policía. Nos ha recibido y parecía que aquellas paredes querían hablarnos del gozo de la liberación y contarnos lo que han visto y los ayes que

se han pegado a sus muros. Contrasta la entrada con las habitaciones destinadas a los jefes del SIM y a los empleados subalternos que allí vivían. Lujosos muebles procedentes de pisos requisados y asaltados, porque son muebles que nunca pudieron estar en un convento. En el comedor del convento han quitado las largas mesas cuadradas para colocar mesas de comedores distintos, oscuras, simétricamente colocadas. Buenas camas, cómodas y en la sala de guardia una camilla, para llevar, sin duda, a los que no pudieron resistir. Unas manchas de sangre, manchas negras por el tiempo, señalan en la lona, el uso continuado. En el patio han construido dos series de calabozos, de ladrillo, con un ligero tejado y una cama de cemento donde aún se ve algún pobre colchón de arpillera, reventado en alguna esquina que vomita paja ennegrecida. Húmedos, muy húmedos, llenos de agua, con una pequeña ventanita, y una espesa verja. Sobre la puerta un número. En uno de ellos. Han trabajado en la fabricación de celdas para los detenidos. De aquí salían para someterlos al interrogatorio y en todo caso para las celdas de castigo o de tortura.

En compañía del carpintero José Colet

José Colet Busquets, es un carpintero que ha estado detenido en aquella checa vecina a su taller. Apenas nos ha visto entrar y como le han llamado, viene, levanta su mano con esa timidez de las primeras veces y ya es nuestro cicerone en aquel laberinto de pasadizos y de celdas. Han trabajado en la fabricación de celdas y cárceles casi tanto como en la de trincheras y refugios. Todo su trabajo ha sido estúpidamente inútil.

Para bajar a las celdas de castigo y de tortura tomamos una escalera de ladrillo, gastada, fría, llena de esa humedad de los sótanos, continua y pegajosa. El carpintero nos señala una argolla de hierro que cuelga del techo, en la primera celda que encontramos. De aquí colgaban por un pie al que querían hacer declarar. Lo suspendían cabeza abajo y colocaban debajo un recipiente lleno de agua de forma que al martirizado le entrase hasta la nariz en el agua. En esta postura, dos o tres esbirros lo golpeaban con largas correas hasta que perdía el conocimiento.

Al lado de esta celda hay otras más pequeñas, bajitas, con el suelo lleno de ladrillos verticales, colocados en forma de "T" y que impiden no sólo echarse sino sentarse y pasearse dando pequeños saltos o con los pies torcidos. No tenían cama y sólo un asiento de un metro de alto en la pared, también inutilizable por que está inclinado y liso y solamente se podría uno mantener a fuerza de flexión de brazos. En esta celda los encerraban desnudos y descalzos, y con escasa alimentación. Hay otras donde tienen una cama, inclinada de tal forma que es imposible echarse sin caerse al suelo y para evitar cualquiera posibilidad de que se queden echados. El cemento está rayado, agrietado y lleno de aristas. Los ladrillos verticales en el suelo obligan al preso en todas estas celdas a que permanezcan de pie o apoyados contra la pared. Están fuertemente sujetos con cemento y en alguno se aprecia la señal de la boita del que ha querido encontrar un sitio para descansar.

Están construidas en un pequeño sótano abovedado donde el eco es fantástico y cualquier ruido produce un malestar inexplicable. Ya lo sabían los verdugos. En una repisa de la pared, presidiendo el sótano como un dios de torturas, un metrónomo al que le daban cuerda, contaba segundo a segundo el tiempo que tenían que sufrir los presos el suplicio de no poder dormir ni descansar.

Todos los que han estado detenidos, o al menos encerrados en una habitación, por la espera o la enfermedad, saben como se mira el reloj, como se calcula el tiempo transcurrido y el que nos queda. Causa horror pensar en unos hombres, desnudos, con un frío espantoso, sin poderse sentar ni echar, sin comida, andando a pequeños saltos, encerrados días y días y sometidos al tac-tac monótono y rítmico del metrónomo.

Aquí tuvieron encerrado al pobre carpintero que nos habla de las cuatro palizas que le dieron unos hercúleos guardianes. Si se desmayaban en mitad del suplicio, los reanimaban con agua fresca, les dejaban descansar y volvían a golpearles hasta obtener la declaración que querían.

En otra habitación, unas pequeñas celdillas con una cortina guardan la mirada espantada de los que eran sometidos al suplicio de la luz. Los sentaban y ataban, abriéndoles los ojos con unos aros, como monóculos, que les impedían cerrarlos. Luego les encendían enfrente una lámpara de muchas bujías y los dejaban tiempo y tiempo hasta que quedaban con la vista deshecha. Allí hay tirada una gorra de plato con la ancha barra dorada partida por la estrella roja. Era un comandante del SIM. Un verdugo. Dejó hasta el carné. La rapidez de la entrada no le habrá dado tiempo a destruir los archivos y los documentos que le comprometen. Fichas por el suelo con la tragedia mortal en su última línea: «Puesto en libertad»... Todos sabemos lo que significaba...

No ha parado el carpintero, de exacto nombre patronímico, de hablarnos de las checas. Tanto sufrió, que un día salió a cazar con uno de sus antiguos verdugos, después de que le pusieran en libertad. Iban de caza y llevaba ánimo de matarle. Luego no se atrevió porque José Colet es un corazón incapaz de herir en la sombra como a él le habían hecho. Pero en sus ojillos brilla la chispa de la ocasión perdida, de la tarde en que fueron de caza y él pensaba matar a su verdugo y no tuvo valor. El mismo se censura:

–Fui un cobarde, un enorme cobarde.

La calle estrecha, con aire misterioso en la mañana llena de lluvia, se queda atrás en la primera esquina. Y allí se queda, pasmo de propios y vergüenza del hombre, lo que llamaban Prisión Argentina y que sirvió para profanar los aires llenos de incienso y de cantos litúrgicos.

El convento de la calle de Copérnico

¿Cómo es posible sentirse cruel entrando en este plácido convento de la calle de Copérnico? Entrad por ese pequeño jardín, con una fuentecilla en el medio y una palmera, sin ruido, sosegado, donde más quiere el ánimo descansar que entregarse a la cotidiana tarea. ¿Cómo podrían estos hombres entrar en ese convento a «su trabajo», que era martirizar al hombre, cuando todo invita a amarle? Era un viejo convento de monjas. Las niñas correrían, con sus pies blandos, sobre esta arena, que les serviría para toscos dibujos. Más tarde pasaron las botas cuadradas de los mongoles y arrastrarían los pies débiles de las pobres mujeres detenidas y los hombres a quienes se torturaba. Hoy pisamos nosotros, regenerándolo con la nobleza de nuestras intenciones. Está en la puerta una hermanita que anduvo refugiada y que ahora encuentra su casa profanada, llena de habitaciones extrañas, dedicadas al suplicio refinado que profesores psiquiatras y especialistas prepararon. Ella no entenderá nunca la razón de los ladrillos verticales en el suelo de las celdas.

Las celdas pintadas

Aquí están las celdas pintadas, que a primera vista parecen un capricho o un mero juego. No es nada de eso. Ya tienen, como todas, cama inclinada y asiento inclinado, inutilizables. Y los ladrillos en el suelo. Pero lo más característico de estas celdas es la pintura de las paredes. Algún técnico, médicos y tratadistas, podrán observar y explicar los efectos que sobre el sistema nervioso de un individuo desnudo y descalzo produce la contemplación de unos círculos de distintos tamaños, de diversos colores, colocados a distintas alturas por toda la pared. Un tablero de ajedrez pintado, una espiral, unos cubos blancos y negros, proyectados en una serie de diez o doce rayas

amarillas a lo largo de la pared, partidas por otras diagonales. Cerrado todo, con escasa luz, en aquella celda, con una cama de cemento inclinada, pintada de negro, que parece un ataúd, y la alegría de los colores e las paredes, las rayas que se cruzan, el tablero de ajedrez; no habrá persona que resista mucho tiempo. Al no tener nada que hacer en una habitación –¡oh, esas esperas de los doctores y de los personajes políticos!–, se miran los cuadros, los retratos, las revistas, el color de los muebles, las líneas de la alfombra, se cuentan las sillas, las vigas del artesanado, se vuelven a hojear las revistas y poco a poco el salón se nos hace familiar, dialogamos con la vista con los retratados y los cuadros y comenzamos las conjeturas, las sospechas, las disquisiciones, hasta llevarnos, si seguimos mucho tiempo, a las más absurdas hipótesis, a elucubraciones, a historias fantásticas... Estas esperas que nos desesperan, como bien dice nuestro refrán, son de una hora, dos, tres. Pensemos ahora en las celdas pintadas tan científicamente por los torturadores de nuestros hermanos. En las veces que durante un día se tiene que mirar al tablero de ajedrez acordarse de las fichas y de las jugadas que hicimos una tarde en el café provinciano, con el mejor amigo de nuestra juventud. En los círculos de colores distintos. Si son número par o impar. Las rayas amarillas que pueden ser caminos dorados, un trozo de pentagrama, el cuaderno donde aprendimos los palotes, las líneas con que fijamos la medida de las letras que bordaba nuestra hermana.

Pensemos... pero vale más no pensar en lo que puede suceder. Los que hicieron ya saben los motivos. En una de las habitaciones de los responsables, había tirados por el suelo folletos con títulos que confesaban todo. Hablaban de la demencia provocada, de las neurastenias, de enfermedades nerviosas. Era, en una palabra, la explicación científica y lógica de los martirios.

La genialidad del Caudillo y su decisión de apresurar la entrada en Barcelona

No se podría acabar nunca de escribir lo que hay en Vallmajor. Poco a poco irá saliendo y conociéndose. Hay una gran sala, abovedada, en forma de pelota, con un eco que el roce de una cerilla parece un estallido de un petardo, negra, negra, húmeda, húmeda, con una pequeña luz en el techo. Es otra celda de castigo...

En el piso de arriba estaban las mujeres. Los hilos, los trocitos de tela allá han quedado, porque se las llevaron a Figueras. Había 450 presos en un local reducido. Hacinados, sucios, no conocían desde años una sola comodidad. El sitio para las mujeres no era mucho mejor. Si tiene un aspecto menos repugnante, a sus cuidados y a lo que ellas pusieron de trabajo se debe. Hay detalles que hacen saltar las lágrimas. Un trozo de corcho es un barquito para un niño, y los rosarios son de bramante, de hilos entrecruzados, en que cada cuenta es un nudo. Ni este consuelo se pudieron llevar. ¡Gran perspicacia y gran caridad la de nuestro Caudillo, que quiso acelerar cuanto pudo la toma de Barcelona, pensando en los presos! En los desgraciados cautivos que llevaban tantos y tantos meses sometidos a la más cruel de las tiranías. No han podido evacuar la población penal. Sólo algunos que se habían llevado con anterioridad; pero el genio y el amor del Caudillo a su pueblo se demuestra una vez más en este rasgo. Su conocimiento del enemigo que tiene enfrente, no le dejaba descansar del deseo de ver pronto liberada la ciudad. Son tan traidores que Montjuich es un episodio más que demuestra hasta que punto llevan la vulneración de las más elementales leyes de la guerra. El día que nuestras fuerzas lo estaban atacando, apenas iniciado el ataque, desplegaron bandera blanca en el castillo. Cesó el fuego de nuestra parte. Pero los rojos no habían sacado la bandera roja para rendirse. Una columna de carabineros subía hasta el castillo, para asesinar a los presos. Descubierta a tiempo la artimaña, se prosiguió el avance sobre Montjuich, y fueron liberados más de mil prisioneros que tuvieron la muerte a dos pasos.

En los sótanos de Vallmajor. Un documento vil

En los sótanos de Vallmajor estaban los presos que poco antes de la entrada de las fuerzas nacionales se los llevaron a Figueras. Han dejado toda la ropa y los colchones. Es un sótano pequeño en donde fueron arrojados y vivieron apelotonados muchos muchachos que por unas horas no encontraron la redención de sus torturas. Las paredes están pintadas, llenas de calendarios, con los días tachados y gritos de protesta. Los «Arriba España» causan pavor después de conocer las celdas superiores de torturas. Algunos escribían allí su adiós en el momento de salir, cuando los sacaban sin saber su destino. Hay una firma y un Viva a Cristo Rey del 25 de enero de 1939, un día antes de la entrada. En el quicio de una puerta hay una firma con la fecha del ingreso y la misma con la fecha de salida. Hay una diferencia de más de trece meses. Si alguno de los prisioneros era puesto en libertad no lo era por el convencimiento de su inocencia, sino porque el SIM necesitaba a sus verdugos para seguir apoderándose de los tesoros que suponían ocultos. Los que eran puestos en libertad no lo eran de una forma definitiva, sino provisional y tras del padecimiento les hacían firmar la siguiente declaración, que el SIM tenía impresa con el membrete del Ministerio de la Gobernación. Departamento Especial de Información del Estado y que servía para que al menor deseo de un agente pudiese ser detenido otra vez y ejecutado. Textualmente y por la felonía que encierra hacer firmar a un pobre hombre martirizado esta declaración, la transcribimos:

«Al concedérseme la libertad, QUEDO ENTERADO que ello no significa la libertad íntegra, por cuanto quedo sometido a la vigilancia y control riguroso del Departamento Especial de Información del Estado.»

«ESTOY ADVERTIDO de que la ficha que se me hace ha de completarse posteriormente con indagaciones e informaciones policiales que reflejen exactamente la trayectoria de mi línea de conducta política, moral, social y económica, y que cualquier desviación ha de ser sancionada y considerada como delito de alta traición, y, como tal, severamente castigado e internado en un campo de trabajo hasta la terminación de la guerra.»

«ME ABSTENDRÉ, en absoluto, de hacer manifestaciones sobre los hechos que motivaron mi detención, clase de vida que hice durante mi prisión, conversaciones que en la misma oí y de mencionar datos relacionados con los detenidos, y todo lo que hace referencia a las personas y organismos policiales por los que he pasado.»

«Del conocimiento y cumplimiento de lo anterior, firmo el presente en...»

El impreso confiesa por sí solo cuanto de ilícito y antihumano tienen las checas, que no les permiten que para nada se refieran a su vida de prisión.

Mentalidad de esclavos bárbaros

Barcelona está llena de checas y casas de suplicios. De refinados suplicios creados, inventados y puestos en práctica por deformes mentales, siempre por anormales, invertidos, sádicos. Nunca por hombres sanos y profundos, capaces de matar cara a cara a su enemigo. Ni las jaulas del rey Luis en Francia, ni las carretas de la reina Isabel en Londres, ni aquellos cazadores de cabelleras de las novelas de Salgari, han llegado a agotar las posibilidades de resistencia de sus víctimas. Bien es verdad que hasta ahora los suplicios que conocíamos eran viriles, físicos. Los de las checas catalanas, bastardos de los rusos, son cerebrales, psicológicos, junto con los dolores físicos más primitivos. Los tormentos cerebrales los han inventado los débiles, los hundidos en un mar de preocupaciones y atormentaciones, olvidados del sexo, nunca hombres enteros o guerreros. Los han traído aquí, a esta tierra española desde lejanos dominios de Stalin. Sin comprender que la vivacidad de nuestro pueblo no es la lentitud

y pasividad rusa. Que a nosotros no nos encaja la acertada apreciación de Walter sobre el destino de esclavo del pueblo ruso, que siempre ha vivido bajo un látigo, tenga en el puño las águilas del zar o la hoz y el martillo de Lenin. ¡Qué crimen tratar con procedimientos rusos glaciales, secos e impasibles a hombres que lloran y ríen y aplauden con más calor que nadie! Que se entregan a la tarea, con tal afán, que allá donde se ponen espantan y abren círculo alrededor. Nos lo trajeron ellos, en las carteras de los embajadores, sí. Primero tanques, ametralladoras y fusiles. Luego más tanques y más fusiles y más aviones, y Teruel fue la tumba de sus maquinaciones. Nos quisieron jugar una carta sobre el mapa incendiado de Europa, y la carta se quemó y el brazo extendido apagó el incendio. No han podido con nosotros, ni podrán. Y trajeron en su rabia, odio en comprimidos y bilis embotellada, que pusieron en las manos de los del SIM. Y ni así han podido sujetarnos.

Ya estáis en las nieves del Pirineo. Ya habéis perdido la gran ciudad. Id pensando en otros climas y mirad si los sótanos de La Santé sirven para pintar espirales de colorines, para colocar metrónomos, apalear como a caballos a la gente, quemarla y dejarlas ciega. Aquí ya no podéis hacer esa torva revolución de lo asiático contra la religión y la familia. La habéis perdido, y en el Mediterráneo, dentro de muy poco, no os va a quedar más terreno que aquél donde lleguen los compases empalagosos del acordeón marsellés. Habéis dejado huella, profunda. Por eso no os olvidaremos. Por eso y porque nuestros pequeñuelos andan por allá como el mejor oro de todo lo que vendió el gobierno rojo. Somos vuestros enemigos, que, como decía Paul Valéry, es cómo deben ser los verdaderos enemigos: pero hoy, en algarada de guerra, que aún nuestros soldados caminan hacia el Pirineo, y vosotros, tráfugas, podéis oír los gritos de la batalla victoriosa.

* * * * *

Salíamos a la ciudad y aún llevábamos el corazón triste. Nos parecía imposible que se hubiese podido vivir y reír y hablar de amor a pocos pasos de los atormentados. Nos parecía imposible. Un cartel trasnochado hablaba de un miliciano que se había estado sin comer seis días. ¿Qué era eso al lado del más pequeño de los suplicios de nuestra gente? Una muchacha lo arrancaba con la punta de un cuchillo... Me quemaba la rabia en las venas ante tanta farsa, derrochada con tanta sangre. No le encontraba explicación... La adiviné por el cielo gris, que parecía dibujar la siniestra sonrisa helada de Yagoda.(*). Pero vi un camión de Auxilio Social cruzar rápido, unas flechas y un yugo sobre la pared blanca y el rostro del Caudillo presidiendo la calle y me volvió la alegría y la oración, que era la mejor manera de creer en los mártires.

(*) [N. del A.] *Hering Grigorovich Yagoda, de origen judío fue comisario de interior y posteriormente director de la NKVD de 1933-1936. Hombre corpulento, brutal, inculto y grosero. Se servía del veneno para eliminar a sus adversarios, traidores o simplemente de cuantos pudieran hacerle sombra. Yagoda fue liquidado de un tiro en la nuca en su propia prisión, la Lubyanka, sede a la vez de la NKVD, luego KGB en 1938,*

Sobre la tan cacareada ‘recuperación de la memoria histórica’ de las izquierdas

Según parece, la actualmente tan cacareada ‘recuperación de la memoria histórica’ jaleada por los socialistas, comunistas, nacionalistas y demás tropa izquierdosa, solo conviene recordarla para los ‘crímenes’ del franquismo, pero los asesinatos perpetrados por la izquierda frentepopulista son olvidados, o al menos silenciados.

Lo que no tiene lugar a dudas es que, esta parte de la historia culpable de muertes, asesinatos y torturas, no merece ser recordada, ni sus familiares necesitan el reconocimiento público de los masivos crímenes perpetrados por la izquierda asesina.

